

Jorge Muñoz R.

Sentido y devenir de la cultura en Sud-América



A cultura es la libre expresión objetiva del espíritu humano que se revela en toda clase de productos históricos. La cultura puede florecer en todo terreno y en cualesquiera condiciones. No es cierto de que la cultura precise de la libertad para desarrollarse completamente. Prueba de ello es que grandes épocas culturales de la humanidad, como la comprendida entre el siglo XV y el XVIII, fueron épocas de continuos despotismos. La cultura se origina *no* en las circunstancias siempre cambiantes en que el hombre vive, sino en éste mismo, cuando ha llegado a cierto grado de desarrollo espiritual, *sin rebasar el cual es imposible toda cultura auténtica*. Implica la existencia de una cultura la presencia de personalidades poderosas, de espíritus creadores, que den a su colectividad circundante una «dirección», una concepción unitaria del mundo, concepción en la cual dicho pueblo vea expresadas claramente sus oscuras intuiciones íntimas. O sea, que la cultura comienza en el momento en que la prehistoria se transforma en historia. ¿Cuándo sucede esto? Seguramente no es, como sostenía Ranke, cuando los documentos empezaban a hacerse inteligibles, los datos claros y precisos, sino cuando dicha colectividad encuentra la expresión espiritual que le conviene, cuando, como dice Spengler «un alma grande despierta de su estado primario y se desprende del eterno infan-

tilismo humano; cuando una forma surge de lo informe; cuando algo limitado y efímero surge de lo perdurable» Y «florece entonces sobre el suelo de una comarca, a la cual permanece adherida como una planta a la tierra». Encontrar ese límite preciso es muy difícil. Se halla señalado por toda una gradación de hechos, que pueden señalar con relativa fijeza ese momento.

Cuando volvemos la vista a nuestra Sudamérica, puede colegirse que este momento aun no ha llegado: América, en lo hondo, vive aún en las tinieblas de la prehistoria, como lo hace ver Martínez Estrada (1). Su pretendida historia no es sino Etnografía, prehistoria. Vive hoy totalmente envuelta, agobiada por las formas de la civilización europeo-occidental, que han informado su actividad desde la llegada de los españoles. Desde entonces ha seguido, paso a paso, las idas y venidas espirituales de Europa, ha tenido un clasicismo, una Ilustración, un romanticismo, se ha entusiasmado con el positivismo y su Religión de la Humanidad. Nunca, empero, ha dado un fruto propio, una imagen propia que sea distinta a la proporcionada por Europa. El pueblo permanece hundido en un existir ahistórico, ajeno al tiempo, que no vive el tiempo como realidad esencial, sino tan solo como un marco en el cual se desplaza su vida. Y la cultura misma es como una planta parásita; florece sobre las capas superiores del pueblo a la manera del musgo sobre los grandes árboles. En ningún momento es esa llamada «cultura» una emisión del yo íntimo del hombre americano. Siempre es un entusiasmo, un vivo interés por algún nuevo vaivén de la veleta europea. Su misma cultura popular encuentra sus raíces dentro de formas semejantes de Europa.

Hacia el siglo XV nace en Europa el impulso expansionista. Diversas circunstancias empujan a los europeos fuera de sus territorios. Ya es el afán religioso que les impulsa a lograr nue-

(1) «Radiografía de la Pampa».

vos fieles para su Dios y servidores para su supremo Papa; ya es el afán de encontrar nuevas fuentes para abastecer su necesidad de especias, de productos tropicales. Llegar al Asia por algún lado se convierte en la obsesión del europeo. Marco Polo llega hasta Pekín en el siglo XIV; Vasco de Gama alcanza la India a fines del siglo XV; Colón llega a América en 1492.

En la mayor parte de los territorios el español encuentra pueblos salvajes, que viven en pleno paleolítico. Algunos pueblos más civilizados han llegado al neolítico e incluso, como el Perú, a la edad de bronce. Desde el primer momento, los españoles comienzan a explotarlos intensivamente. En algunas partes, como una bella flor parásita, florecen algunas grandes culturas; la azteca, la incásica, la chibcha. En Perú se practica una agricultura intensiva, basada en una administración comunista. Allí se conocía el uso de los metales, se tenía una escritura simbólica en los quipos. Debió haber existido también toda una literatura, una concepción del mundo, que hoy sólo se puede conocer muy imperfectamente, a causa de la acción destructora de los conquistadores. En Colombia, el sacerdote de Guatavita se bañaba en una laguna, cubierto de polvo de oro, y con su figura arrastró a los conquistadores a las más audaces e increíbles expediciones en su búsqueda de Eldorado. En Méjico, un pueblo guerrero poseía una alta cultura espiritual, dotados de un calendario bizantinamente minucioso, en que se reglamentaba al detalle todas sus fiestas religiosas, todos sus sacrificios de innúmeros seres humanos.

Esta cultura, no obstante su carácter telúrico, terrestre, permanecía extraña a las masas mismas de la población. Era el monopolio de una aristocracia de descendientes de fieros conquistadores de otros tiempos. Por ello desapareció rápidamente ante el empuje avasallador de la superior técnica militar de los españoles, que cercenaron rápidamente las cabezas directoras del pueblo, domeñando a todo el resto de la población, hacién-

dola trabajar para sí en las minas, en los lavaderos de oro, en las haciendas. En un principio el godo había venido sólo en busca de riquezas o de honores. Pero la tierra le apresó. No tuvo todas las riquezas deseadas o no pudo volver a España. Hubo de establecerse en la tierra recién conquistada y trasplantar a ella todas las tierras de la metrópolis.

Los Reyes Católicos, primero Carlos V y Felipe II después, enviaron gobernadores y más gobernadores a las nuevas provincias que tan impensadamente se agregaron a sus ya inmensos reinos. Esos gobernadores hubieron de establecerse en ciudades, de formar ejércitos, de crear en torno de sí todo un círculo de intereses, con lo cual dieron lugar a la formación de las ciudades, las cuales también serían fortalezas para defenderse del ataque de los indios hostiles. Frailes de las órdenes más diversas trajeron a los indios el cristianismo. Querían redimirles, llevarles hasta el cielo. Franciscanos, dominicos y jesuitas sobresalieron en esta labor evangélica. Algunos hubieron de sufrir muerte cruel por ello, a manos de indios feroces, que no veían en ellos sino los continuadores de los caballeros cubiertos de hierro. Las mujeres de los indios se unieron a los españoles y formaron, poco a poco, una clase intermedia de mestizos que fué sustituyendo a las cada vez más mermadas poblaciones indígenas. En los países tropicales prosperaron las nidadas de negros traídas desde el África en los «negreros». El europeo crea un orden americano, que no es sino una copia del existente en la metrópoli.

La cultura es cultivada por una clase superior de chapetones, los cuales muchas veces hacen prodigios de ingenio para burlar las leyes prohibitivas con que los monarcas españoles querían regir la formación espiritual de sus súbditos. Grandes cajones de libros prohibidos, de Amadises, Belianises salían del puerto de Sevilla con destino a diversos puntos de América. Los funcionarios de la Inquisición, encargados del control—co-

mo lo hace ver Torre Revello (1)—hacían vista gorda y permitían que los libros llegasen a su destino. Se conoció a Lope de Vega, a Cervantes, a Calderón. Y esto no sólo a través del conocido ardid de colocar nombres místicos en los tejuelos de los volúmenes. Esto último prueba que la conocida y popularísima tesis de que el «coloniaje fué un período de obscuridad y de misticismo» es infundada. Quienes tal idea propagaron, más que historiadores fueron políticos, representantes genuinos de la vanguardia de los héroes de la guerra. Les obsesionaba la opresión española, por ello, por cuanto ella aun dormitaba en sus seres, lucharon tenazmente contra el pasado, negándole absolutamente, posponiendo la sana objetividad de la visión histórica a la lucha partidista. Su defecto, por otra parte, es común a la mayor parte de las grandes obras históricas del siglo XIX, que siempre son panfletos políticos de la burguesía liberal contra la nobleza, o bien de esta última para justificar su labor frente a ellos.

Si bien es cierto que la cultura oficial, la que se oficiaba principalmente en los Seminarios, consistía sólo en un estudio concienzudo de la Teología y la Escolástica, la cultura de muchos individuos se elevó grandemente por sobre este nivel. Hubo quienes conocieron a los humanistas españoles, como aquel Cervantes de Salazar que en 1574 hizo en Méjico una edición latina de los «Diálogos» de Pérez de Oliva y que además era admirador de Vives, ese pensador español tan influenciado por Erasmo. En el siglo XVIII hubo un amplio conocimiento del sensualismo de Condillac, de quien se hicieron traducciones. Se comentaba igualmente a Locke (2). Con todo, la alta cultura es

(1) José Torre Revello: «El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española». Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas. Buenos Aires, 1940; O. H. Green e Irving Leonard, «On the mexican Booktrade», «Hispanic Review», Vol. IX, 1, January, 1941.

(2) Cf: Anibal Sánchez Renlet. «Panorama de las ideas filosóficas en Hispano-América». «Tierra firme» N.º 2; Madrid, 1936.

un artículo de lujo. Pocos hombres tienen acceso a ella, como siempre ha ocurrido en todas las épocas. Sólo que este caso, la dificultad espiritual se halla complicada con las circunstancias materiales.

A fines del siglo XVIII llegan los ecos de la ilustración. España se abre ampliamente a este movimiento, y los criollos que van a la metrópoli en aquellos años participan de todo ese movimiento. Se empapan abundantemente en las ideas de los fisiócratas y conciben audaces reformas económicas. La corte española, bajo la influencia del despotismo ilustrado de los Borbones, disminuye un tanto el espíritu restrictivo que predominaba sobre las colonias americanas. Los jesuitas son expulsados de los territorios dominados por los Borbones, perdiendo con éstos unos grandes difundidores de cultura, pero facilitando por otra parte la entrada a las tendencias innovadoras. Para los americanos las ideas de los filósofos de la Ilustración tiene el sentido de una revelación. Se dan cuenta de su papel en la existencia y adquieren una exaltada conciencia de sí. En 1794 se imprime en Colombia una traducción de los «Derechos del hombre y del ciudadano». Los criollos leen a Rousseau, a Montesquieu, y en Argentina Mariano Moreno edita en 1810 una edición del «Contrato Social», en la cual ha expurgado todos aquellos párrafos que vulneraban a la religión católica.

La guerra de la independencia comienza: Se discute al principio si se ha de obedecer a Napoleón, a la reina Carlota del Portugal o al gobierno provisional de la Junta de Cádiz. Pero hubo quienes, muy pocos en un principio, concibieron la idea de una independencia. Esta idea sólo aparece más tarde. Camilo Henríquez, en «La Aurora» de 3 de octubre de 1812, dice que «América debe aprovechar el actual estado de debilidad de Europa, para hacerse independiente». Agrega poco más adelante: «Grandes males nos acechan, si no nos aprovechamos de la actual coyuntura... En efecto, una de las circunstancias que más nos convida a dar el necesario paso de la indepen-

dencia es la actual impotencia de los poderes en Europa para oponerse a nuestra libertad». Con esto adquiere sentido de la época y crea para los chilenos ese ideal de independencia que Carrera es el primero en poner en acción.

Tras diversas peripecias, y por etapas sucesivas, sin que falte un período de «reconquista». Hispanoamérica logra su libertad. Discípulos de la Enciclopedia tratan de aplicar a los Estados nacientes sus teorías preconcebidas y pretenden renovar el estado de cosas reinantes. Pero el español no ha sido expulsado totalmente, Su gobierno quedó fuera, pero él permaneció dentro. Las repúblicas primerizas naufragan en una continua anarquía, de la cual Argentina y Chile son las primeras en salir indemnes. Nace la lucha entre los liberales y los conservadores, la que se va haciendo cada vez más amplia. Los conservadores triunfan al principio; sólo después de la medianía del siglo comienzan a imponerse los liberales.

La cultura se empapa de romanticismo, el cual se expresa en diversas novelas y poemas, en los cuales se respira el decadentismo de un Lamartine o de un Chateaubriand. La filosofía se nutre de la corriente francesa de los «ideólogos» (Destutt de Tracy, Laromiguière), sin perder completamente de vista las bases coloniales. La cultura oficial permanece estancada en un humanismo que aun desdeña las ciencias y que cultiva ávidamente el estudio del latín. La lucha de los grandes espíritus se dirige contra los residuos del coloniaje. Muchos de los que comenzaran el fuego, como Francisco Bilbao, hubieron de sufrir cruel castigo por ello. Esta idea se va a desarrollar ampliamente durante todo el siglo XIX, a informar todas las producciones culturales, especialmente a la historia de los períodos pasados, que se convierte en un panfleto contra el Gobierno y sistema coloniales que mantuvieran los españoles, llegando en muchos casos a graves deformaciones de la realidad, pese a los alardes de objetividad y de «realismo» histórico. Esta

idea viene a culminar a fines del siglo con el ateísmo de los entusiastas del positivismo.

También el realismo literario hace su aparición en la literatura americana. Blest Gana demuestra una marcada influencia de la novelística balzacquiana, y aquellos escritores que dirigen su mirada a la independencia le dan a todos sus hechos un carácter epopéyico. A mediados del siglo se introduce el espíritu positivista y comienza el creciente cultivo de las llamadas ciencias «positivas». Induce a ello también el progreso técnico y la necesidad de poner a los territorios al día en este respecto. El positivismo celebra hacia 1870 sus grandes victorias y arrastra a muchos al fanatismo, al extremo de ver en él una nueva religión «que reemplazará al actual catolicismo, cuya revelación ha sido destruída por la ciencia». Algunos de estos positivistas, como Juan Enrique Lagarrigue, tienen una curiosa ingenuidad, una falta tal de sentido histórico, que llegan incluso a pedirle al Emperador Guillermo II que «en nombre de la Religión de la Humanidad, y como medio de asegurar la fraternidad universal, se sirva devolver la Alsacia y la Lorena a Francia». En 1881 este mismo Lagarrigue había luchado por que se devolviera Tacna, Arica e Iquique a los peruanos. La lucha imperante se refiere ahora a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los espíritus más adelantados se revuelven contra el patronato eclesiástico—herencia colonial—y piden la separación de la Iglesia y el Estado. Estas luchas adquieren a veces singular encono.

El siglo XX encuentra al positivismo poderosamente asentado en Sudamérica, al paso que éste ya empezaba a retroceder seriamente en Europa. Las ideas socialistas y marxistas se abren paso en Sudamérica, pero no adquieren plena vigencia sino hasta después de la guerra europea. Viven bajo el pleno dominio del liberalismo, pero se van abriendo lentamente los ojos a futuras reivindicaciones sociales. En lo literario, se destaca el presimbolismo de Rubén Darío. La novelística adopta

el naturalismo y realiza la epopeya de la lucha entre el poder del hombre y la fuerza obscura de la selva. La cultura se refugia en universidades y en cenáculos literarios, los cuales siguen, paso a paso, a las tendencias europeas. Los artistas siguen a los pintores europeos de avanzada, los músicos se dejan influenciar profundamente por Strawinsky o por Debussy. Ortega y Gasset también deja sentir su influencia profunda en algunos espíritus de avanzada, los cuales, empero, no resultan, a la postre, sino ser sus comentadores o seguidores, que no ahondan mucho en los problemas que éste persiguiera.

Tal es el drama de la cultura en Sudamérica. Toda ella no consiste sino en el cultivo de las tendencias europeas por una pequeña minoría de hombres más estudiosos, de espíritus que poseen cierta destreza para manejar conceptos elaborados, pero que, en lo hondo, son incapaces de prestar nueva vida a esos conceptos, de crear formas culturales auténticamente propias. El mismo «tema americano» si llega a ser tratado, lo es bajo la forma europea, de acuerdo con tal o cual tendencia reinante en Ultramar. Mariátegui trata de comprender los problemas americanos a través del marxismo; otros siguen el liberalismo decadente, y otros, más nuevos, ven los problemas americanos a través de Spengler y en sus tendencias políticas de nuevo cuño siguen los dictérios del fascismo o del comunismo.

Pero, por debajo de esa minoría culta, por bajo esos grupos de estudiosos y de oradores brillantes queda un pueblo semi-bárbaro que goza de las ventajas creadas por una civilización que en el fondo no comprende. La cultura se extiende sobre ellos como un pequeño barniz, del cual se hace mención en títulos y cargos, pero nada más. *No hay en ella ninguna proyección activa del ser mismo.*

La batalla, que se iniciara cuando el europeo conquistara América, ha terminado. La sangre ha quedado en reposo después de aquella cópula violenta. Los combatientes por ambos lados se han retirado, dejando tras de sí sólo un campo de ba-

talla abandonado, un desierto de soledad, en el cual, como finas plantas parásitas, florecen algunas pequeñas flores culturales, completamente desarraigadas por sobre el total de la tierra. Ha surgido allí un caos, caos a veces recubierto por el brillante aparato de los gobiernos democráticos, de una legislación hiperperfeccionada, que no siempre es estrictamente cumplida. En muchos países florece el caudillismo y las revoluciones, y los golpes de Estado se suceden unos a otros, sin que el país recobre su estabilidad. Dijérase que tras la independencia, el país ha quedado como descentrado. Pues el coloniaje establecía una clara distinción entre dirigentes y dirigidos, entre dueños y sometidos. La independencia anuló aquella distinción, prestándole otro sentido, pero el país perdió su centro.

Por debajo, lentamente, muy lentamente surge un nuevo tipo de hombre, el descendiente del colono que se atara a la tierra por vínculos de sangre. Es un ser que surge a la vida con un pesado lastre a cuestas, tarado con la civilización europea. En lo hondo de su ser alienta el americanismo auténtico. El es el representante de ese «país invisible» de que habla Eduardo Mallea en sus libros, quien es el único ser provisto de un verdadero valor para este ámbito. Pero antes de que su verdadero ser llegue a tener expresión debe esperar mucho tiempo. Debe aguardar a que todo ese fárrago de ideas europeas que lleva sobre sí, ese fárrago que dificulta su expresión propia, entre en podredumbre. Sólo entonces sobre su ser surgirá la nueva expresión, como la mies en un campo sembrado con la podredumbre fertilizante. Sólo entonces Sudamérica tendrá una voz propia, una expresión personal, que deberá ser totalmente distinta a todo lo conocido hasta ahora.

Hoy en las tierras americanas se respira la atmósfera de podredumbre de las tumbas. En los campos, allí donde no se han impuesto las formas heterogéneas de la arquitectura europea, allí donde la civilización no ha extendido el asfalto de sus cottages, chalets y «máquinas de vivir», la casa ha conservado

su calidad de símbolo del pueblo americano. Ella es baja y compacta, incluso hasta hundida en el suelo. Carece de ventanas y la puerta está reducida a elementales dimensiones. Es como una alusión a la muerte, como un símbolo de la tumba, cubierta de barro por todas partes. Para entrar a esta casa es necesario *bajar* a veces. El hombre se halla en unión íntima con la tierra, como un ser atado a la muerte. Allí adentro reina la obscuridad de una tumba, la unidad dimensional de la tumba, pues en una sola habitación el hombre realiza sus menesteres. Una sola habitación es el salón de recibo, es el dormitorio, es el comedor. Por eso también: «es símbolo patente del alma americana, aquella antigua momia incásica, en que el cuerpo se hallaba recogido sobre sí mismo, a la manera del hombre al nacer». La vida se convierte en un símbolo de la noexistencia. El hombre es un aspirador a la muerte y a la noche. La noche es su verdadera hora. Resulta válida aquí aquella observación que Martínez Estrada (1), hacía valer para el hombre las pampas, «es entonces cuando el hombre se entrega a aquellas poderosas potencias que se llaman mujer, sueño y tierra», en un desesperado esfuerzo de anularse a sí mismo». De este modo, el sudamericano viene a ser una especie de constante buscador de la muerte, un hombre que huye de la angustia de su existencia, un ser que busca todo aquello que anule la conciencia de su ser. Por ello, tanto el campesino como el proletario de las ciudades, en el alcohol el medio de huir de sí, pues el licor halla presta a su vida un nuevo sentido, le funde con el grupo, le hace participar de otro ambiente que no es el habitual. El hombre de las ciudades sube a las altas galerías de los cines y allí, en medio de la obscuridad, junto a las multitudes, vive la vida de los seres que se deslizan allá abajo sobre la pantalla, realiza en ellos lo que su existencia no tiene. En esa vida convencional,

(1) Ezequiel Martínez Estrada: «Radiografía de la pampa». Buenos Aires, 1933.

falsa, absolutamente ilusoria, encuentra solaz y descanso de la conciencia de sí mismo.

Su vida se desliza ajena al tiempo y al espacio. Ambos no adquieren para él el carácter de símbolos, la calidad de entidades a las cuales su existencia está íntimamente ligada, no se entroncan a lo profundo de su ser. No posee, a semejanza del europeo, esa conciencia hiperestesiada del espacio que lo subordina todo a horas, minutos, lugares y situaciones. Se arrastra sobre la vida a manera de un reptil, saltando sobre una serie infinita de éxtasis puntiformes, en los cuales el goce o el dolor del momento anulan por completo lo que podría ser la intuición del futuro, la percepción de que el estado presente es sólo transitorio. Frente a la mujer se comporta a la manera del antiguo conquistador, que arrebató a la india de su ruca hogareña y la hacía suya, obligándola, además, a trabajar para sí. La sangre violentada se sigue desquitando a través de las generaciones mestizas. El hombre toma a la mujer, la conquista, pero nunca llega a considerarla como una compañera y amiga, nunca llega a establecer con ella una verdadera intimidad, de la cual la sensualidad sea la ardiente corona con que se rinde el necesario tributo a la vida (1). Realiza su vida a espaldas de ella y quiere que ésta proceda igualmente. Se desliga de los hijos, cuya responsabilidad deposita por entero en manos de la mujer. Y si en las noches se une carnalmente a la mujer no es por disfrutar del sagrado goce de los sentidos, no por establecer vínculos más profundos, sino que entra a ella como en contacto con la muerte, para anular en la torpeza sensual, esa conciencia de sí, para hundirse en la noexistencia. Es el acto carnal para él un hermano gemelo de la afición al alcohol, un gemelo de la afición al cine.

Sobre este pueblo buscador de la muerte, que continua-

(1) Cf: Jacques de Lauwe: «La América ibérica». Santiago. 1937. Ed. Letras.

mente huye de sí, se extiende, como una fina capa de barniz —pronta tal vez a saltar al menor choque— la cultura oficial que posee por sumo ideal la universalidad. Esta cultura oficial se halla formada casi totalmente por seres que *no* buscan un cultivo del espíritu, un perfeccionamiento íntimo, sino una *distinción*, un lugar dentro del aparato existencial, seres que insisten más en la apariencia de la vida espiritual que en su verdadera ejercitación. Y por encima de esta capa de seres falsificados—aquéllos que ya Mallea denigrara como lo «visible»— florecen cual bellas flores parásitas, algunos espíritus de alto vuelo, seres más altamente creadores, seres que son más ellos mismos, pero que, a lo sumo, deben considerarse como perfectos continuadores de la tradición espiritual europea. Ellos no extraen su fuerza del pueblo. Viven *desarraigados* con respecto al medio, proveyéndose espiritualmente de Europa y siguiendo fielmente sus corrientes, a las cuales, en muy contados casos, prestan nuevo sentido. Es curioso hacer notar el hecho de que estos seres no son sino rara vez completamente americanos, notándose en su físico mismo, en su manera de ser, un *tonus* vital europeo, sentido que muchas veces aparece como carácter recesivo en generaciones radicadas desde largo tiempo en la tierra. Pero éstos son los menos. La mayoría toman actitudes europeas para llamar la atención sobre sí, para descollar en un medio, que les es indiferente si les comprende o no. Otros pretenden satisfacer una falsa inquietud existencial al hacer un «americanismo» de aparato, insistiendo en aspectos superficiales del ambiente en que viven. Si se les observa aún superficialmente se nota que su única labor consiste en interpretar a la manera realista los hechos americanos, subordinándolos a tal o cual ideología europea de notoriedad, la cual tiene siempre un marcado tinte político. Así, los que se precian de marxistas, o los que, haciendo gala de máximo avance, miran los problemas sudamericanos a la manera fascista, provocando las máximas deformaciones de la realidad.

Tampoco los novelistas sudamericanos han realizado una visión psicológica certera del hombre americano. Cuando introducen el ámbito americano en sus producciones no hacen sino tocar su superficie, hablando de tales o cuales problemas sociales reinantes, problemas de clase, tratando especialmente de «la explotación del nativo por el extranjero», señalando la calidad de paria de la existencia en que aquél se halla. La obra máxima es siempre una epopeya, la epopeya de la lucha del hombre que se esfuerza por formar el medio y ponerlo al servicio de sus fines. Es la tragedia del hombre frente a la naturaleza, que alcanza dimensiones colosales en «La vorágine», «Caucho», etc. Pero la vida misma es tomada superficialmente. Díjase que el destino juega con aquellos seres, no que ellos imponen su destino al mundo. Díjase que es el medio el que los empuja a realizar tales o cuales cosas, y no ellos los que atacan el medio. Un intento de superar esta dimensión habitual ha sido realizado por *Ciro Alegría* en su última obra «El mundo es ancho y ajeno». Pero sus personajes han sobrepasado su calidad de tales para adquirir dimensión simbólica, para tener la peculiaridad de una actitud existencial,

No se ha dado por esto la gran novela psicológica americana, la expresión de la tragedia íntima del americano. Se incurre, a este respecto, en la falsa e inaceptable idea de que el sudamericano típico es el habitante de los campos, como si la sudamericanidad fuera un carácter típico sólo de una clase o de un grupo determinado. La sudamericanidad auténtica, cuando exista, *se podrá hallar en cualquier parte*, en el hombre de las ciudades como en el de los campos, en el rico como en el pobre, en el tonto como en el creador. Y para que esto suceda se necesitarán siglos. Y sólo entonces podrá existir un escritor que exprese fielmente el alma sudamericana. Para ello se precisa un alto grado de madurez espiritual, lo cual no es posible sino en pueblos de alta cultura, en los cuales se da una

mayor cantidad de hombres diferenciados del total social (Keyserling). Y esto no ocurre en América.

Pero cuando surja, habrá llegado el día en que Sudamérica tenga conciencia de sí misma y llegue a constituirse en organismo cultural independiente, libre de toda la tradición heredada del europeo. Por esto es falsa la pretensión enarbolada por muchos, de que Sudamérica es ya una cultura autónoma, de que «un hombre nuevo ha surgido en América hispana». Lo que hoy se nota como tal no es sino la expresión correspondiente de los movimientos políticos europeos que se conocen con el apelativo de «nacionalismos». Estos adoptan aquí la forma de «continentalismo» y en el «aprimismo» toman un marxista. Creen esos autores que la cultura es cuestión de que unos pocos hombres de buena voluntad trabajen durante unos pocos años. Es preciso que se despierte una conciencia profundamente dormida, que se rompa el estado fetal en que Sudamérica se halla postrada, que surjan los atisbos presagiadores de una nueva visión del mundo.

«Nuestra incógnita América pugna por encontrar su voz y su verbo. Un día se acostará en su lecho de parturienta para dar a luz. Pues aun es un cuerpo virgen, que, con toda la fealdad de la virginidad, aun no ha sido fecundado, ni se ha purificado en hijos. América hispana no es madre: sus frutos son vegetaciones de superficie, hongos parásitos que viven de la savia bárbara de un árbol joven e inconsciente que no posee frutos propios todavía».